

ABC

DEPOSITO LEGAL - M. 13 - 1958

CLAUSURA DEL CONSEJO SOCIAL

Presidió el ministro secretario general, al que acompañaban los de Trabajo, Agricultura, Información y Turismo y Comercio

EN SU DISCURSO, EL SEÑOR SOLIS RUIZ SUBRAYO LA NECESIDAD DE VIGILAR O FRENAR LOS PRECIOS.

En el salón de actos de la Casa Sindical se celebró ayer la sesión de clausura del Consejo Social que durante una semana ha trabajado para llegar a unas conclusiones de vital importancia para el mundo del trabajo.

Con el ministro secretario general del Movimiento, Sr. Solís, ocuparon la presidencia los de Trabajo, Sr. Sanz Orrio; de Agricultura, Sr. Cánovas; de Información y Turismo, Sr. Arias-Salgado, y de Comercio, señor Ullastres; vicesecretario general del Movimiento, D. Alfredo Jiménez Millas; subsecretarios de Agricultura, Sr. Pardo Canalis, y de Trabajo, Sr. Graciá; secretario general de la Organización Sindical, señor Sánchez Arjona; directores generales de Trabajo y de Agricultura y los miembros de la Mesa del Consejo, que preside el señor Matéu de Ros. El amplio salón estaba totalmente ocupado por los consejeros y miembros de la Organización Sindical, así como las tribunas dedicadas a los miembros de las comisiones de observadores extranjeros que representan a Alemania, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, R. A. U., Marruecos e Irlanda.

PALABRAS DEL SR. MATEU ROS

El vicesecretario de Ordenación Social y secretario general del Consejo, Sr. Matéu de Ros, resumió las tareas, enumeró las conclusiones aprobadas en los plenos y dijo que se habían reunido en este Consejo trabajadores de toda España y de todas las actividades profesionales, en representación de millones de hombres que todos los días acuden a su trabajo, con la esperanza de que su esfuerzo, abnegación y fe obtengan el premio de que son merecedores: la recompensa de una vida mejor. Añadió que si España contara con el oro que fué depositado en Rusia, es posible que este Consejo no hubiera tenido que discutir el número de calorías que son necesarias para señalar el salario mínimo interprofesional, y terminó diciendo que el Consejo hacía suya la recomendación de que el Estado no cede de exigir cerca de los organismos internacionales la devolución del oro español a nuestra Patria, cuya propiedad está debidamente legitimada.

Discurso del señor Solís

A continuación, el señor Solís pronunció el siguiente discurso:

Excmo. señores ministros, señores consejeros, representantes extranjeros de países amigos:

Durante una semana, en jornadas agotadoras, cerca de un millar de representantes sindicales, en nombre de vuestros compañeros de trabajo, junto a una re-

presentación de empresarios, técnicos y expertos, habéis discutido, con esa libertad que es norma de nuestras reuniones sindicales y con la entereza de la que siempre hacéis gala, las Ponencias de este Consejo Social que afectan a problemas actuales de gran importancia que si se refieren en su esfera privada, individual o familiar a los hombres del trabajo, interesan igualmente a toda la comunidad nacional; porque los problemas sociales no son ya pretensiones aisladas de esta o de aquella clases, sino necesidades de todos, ya que el mundo moderno ha elevado las cuestiones sociales a cuestiones nacionales.

PRIMERA CONSECUENCIA DEL CONSEJO

La primera consecuencia que hay que sacar de este Consejo, sin lugar a dudas, es que el mundo español del trabajo es el que tiene la cabeza más sosegada, los nervios más templados, el patriotismo más realista, la ambición más noble, la preparación más seria y el ánimo mejor dispuesto para la convivencia, y esto resulta doblemente meritorio, puesto que los temas que os han reunido aquí esta semana constituyen intereses reales que os afectan como personal, como padres de familia y como ciudadanos. Estos temas, por fuerza, promueven viveza, pasión, ardimiento, y, sin embargo, no ha habido destemplanzas, sin haber callado o claudicado. Habéis situado la discusión, la mayor parte de las veces, a gran altura, y habéis demostrado que la libertad es buena, siempre que la reclamación o el ejercicio de vuestro derecho a hablar se acompaña con la responsabilidad de hacer buen uso de este derecho, no solamente respecto a la oportunidad y a la conveniencia de lo que decís, sino también en cuanto a la comprensión para aceptar las opiniones de los otros, que son también respetables, y al mismo tiempo el interés general.

En este momento, en sucesión rápida, pasan por mi mente otros Consejos, celebrados por la Organización Sindical Española en estos últimos veinte años, y al

dirigir la vista a la Sala, encuentro junto a caras que traen savia renovada, rostros de veteranos luchadores, a los que el trabajo español debe un tributo de agradecimiento y admiración, pues en momentos difíciles y de grandes incomprensiones, enarbolaron dentro del sindicalismo que entonces nacía la bandera de lo social que el nuevo Régimen levantaba como el más firme de sus postulados.

Aquellos ya lejanos Consejos de Ordenación Social, aquellos Congresos inolvidables de trabajadores, las Asambleas Agrícolas, los Consejos económicos, con sus reuniones preparatorias, con sus estudios preliminares, con sus plenos o comisiones, han constituido organismos vivos de formación de dirigentes sindicales, hasta el punto de que hoy podemos decir, al observar vuestras propuestas y al haber tenido que presidir varias de vuestras reuniones plenarias, que el sindicalismo español puede ofrecer a la Patria en materia social y económica los núcleos más numerosos y preparados que jamás tuvo España.

Deseo señalar esta conquista ya que a diario, cuando se trata de asignar al trabajador una participación, una presencia activa, oímos decir que no está preparado, que le faltan conocimientos para dotarle de mayor responsabilidad, cuando en realidad, muchas veces, quienes así opinan son grupos de eternos vividores, que ni en lo social, ni en lo económico, ni mucho menos en lo político, desean dar paso a nadie que no sea su propio egoísmo, olvidando que los que al ganar a diario el pan con el sudor de su frente, con el esfuerzo de sus brazos, de su inteligencia o dirigiendo, no sólo hacen Patria, sino que son los que más derecho tienen a influir en aquello que más directamente les afecta.

TEMAS DE VIVA ACTUALIDAD

Variados e importantes han sido todos los temas tratados en este Consejo Social. La Empresa, Política de empleo, Sistemas de retribución del trabajo, Seguridad social y Política del campo. Todos ellos han sido estudiados con objetividad, actualizando viejos conceptos.

En la transformación del actual con-

cepto de empresa está a mi juicio la solución de muchos de los problemas sociales que hoy agobian al mundo. El concepto del trabajador máquina ha de ser sustituido por el trabajador integrado en la empresa, formando parte de la misma. El trabajador objeto de la economía ha de sustituirse por el de trabajador sujeto de ella.

Si los países que se titulan cristianos, abandonando viejos conceptos capitalistas, humanizan la empresa y asocian el capital que el trabajo supone, si implican a éste y le responsabilizan, podremos enfrentarnos con un porvenir en el que el entendimiento sustituya a la incompreensión; el interés legítimo por la empresa, al desinterés e incluso al odio; el trabajo voluntario y eficaz, a la desgana y al engaño.

En la transformación del concepto de empresa está el principal problema social, económico y por lo tanto político del momento actual del mundo, que influirá en las propias organizaciones profesionales y en la estructura política de los pueblos.

Hoy los pueblos, por una parte, luchan por conseguir la unidad y el entendimiento social y por otra mantienen desunidos y en perpetua guerra a los factores más importantes que intervienen en la producción—precisamente allí donde su unidad es más necesaria, en la empresa—. Hoy los pueblos trabajan por una mayor productividad y a ello se opone la falta de entendimiento en la propia empresa. Y ese necesario entendimiento no se consigue sólo con buenas palabras, ni con situaciones de fuerza, ese entendimiento se obtiene transformando el concepto de empresa, asociando el capital-dinero con el capital-trabajo, bajo la dirección del que tenga capacidad para ello, exigiendo que la empresa cumpla los fines más importantes a que viene obligada, como son, creación de riqueza en beneficio de cuantos la integran y también al servicio de la comunidad nacional que la encuadra.

El tema del Empleo ha sido ampliamente analizado. No hay duda de que en nuestra concepción doctrinal, el hombre tiene obligación de trabajar, y junto a contribuir a su sustento ha de participar en la producción de los bienes necesarios para la colectividad. En nuestra sociedad no debe haber lugar para eternos olvidados, debiendo exigirse a todos un esfuerzo. Pero junto a esta obligación, el trabajo es para nosotros un derecho y no cabe cruzarse de brazos cuando adelantos técnicos de manera accidental, o cualquier catástrofe económica más o menos parcial, deja en paro a alguno de nuestros hombres. La política económica ha de afanarse por dar nacimiento a los puestos de trabajo que en cada momento la sociedad demanda, pero si en algún caso éstos faltasen, dicha sociedad ha de soportar la carga que supone el garantizar los medios mínimos de vida a aquellos que involuntariamente estén desocupados. En esto también nos diferenciamos del viejo liberalismo, que, junto a la libertad de escoger uno u otro trabajo, una u otra retribución, llevó al trabajador la libertad para morir de hambre si no encontraba adecuada ocupación ante la total indiferencia de la sociedad que le rodeaba.

Los sistemas de retribución del trabajo han sido por vosotros analizados y de sobra sabemos los que llevamos años entre trabajadores que si los salarios suben indebidamente, más de prisa subirán los precios. Pero también sabemos que si éstos no se vigilan o frenan, el trabajador podrá llevar a su casa cada día menos pan para sus hijos. Con frecuencia observamos a nuestro lado personas que se escandalizan cuando se habla de subida o revisión de salarios, pero que están siempre listos para solicitar y justificar toda subida de precios, aunque sean éstas arbitrarias. El esfuerzo ha de ser de todos, ya que todos venimos obligados a luchar por una España económicamente más fuerte.

En los momentos actuales del mundo, el trabajador sabe que hay que producir no sólo mucho, sino bien y barato para

poder competir en precios con el exterior, única forma de nivelar nuestra balanza de pagos y crear nueva riqueza, pero también desea se vigile el poder adquisitivo del salario y por lo tanto los precios de las mercancías que necesita para su sustento.

La Seguridad social ha alcanzado en nuestra Patria con nuestro Movimiento, metas que nos parecían imposibles. La tranquilidad en la vejez, en la orfandad, ante la enfermedad, está garantizada. Mucho ha sido lo conseguido, tanto, que sólo ello justificaría a un Régimen. Sin embargo, ha constituido objeto de especial atención esta materia tan importante, proponiendo mejoras tendentes a una mayor perfección, solicitando para el trabajador del campo análoga seguridad que la que ha conquistado el de la industria.

Especial y detallada atención habéis dedicado a los problemas del campo. España

en gran parte es campo y ligados directa e indirectamente al mismo vive gran parte de nuestra población. Nuestra industria, en cuantía muy apreciable, está igualmente relacionada con las necesidades agrícolas, y su economía sigue camino parejo al progreso o bienestar de la agricultura.

Hemos de señalar la necesidad de mecanización de nuestro suelo, no sólo para que produzca más y a justo precio, sino para conseguir un trabajo más cómodo al hombre del campo y la posibilidad de una más elevada retribución. Por ello, señaláis como necesaria la continuidad de la política de colonización, que al convertir el secano en regadío nos proporciona la posibilidad de asentar familias campesinas aumentando la producción. Asimismo señaláis como necesaria la continuidad en la política de repoblación, mejora ganadera, industrialización y comercialización de los productos agrícolas, etc., medidas necesarias para colocar la mano de obra que el campo hoy ocupa, y para producir aquello que la Patria demanda.

En una palabra, habéis elaborado todo un programa de actuación, prestando una vez más un señalado servicio a la Patria.

LOS GRUPOS Y LAS CAPILLAS

Mientras tanto, fuera de aquí, reducidos grupos de divagadores traen y llevan, pontifican sin seguidores, se arrojan representaciones que no tienen, gesticulan como si polarizaran opinión pública y nos quieren dar la sensación de que la tertulia es superior a la Asamblea, de que el grupo es más importante que la comunidad, de que siete son más importantes que siete millones, de que el monólogo es más oportuno que el diálogo. Ellos enredan; vosotros laboráis; ellos tienen una visión catastrófica del futuro del España; vosotros levantáis vuestro optimismo sobre la evidencia de que hay problemas reales que vencer, y defectos que corregir, y os disponéis a ello. Ellos traen las sombras a nuestros contornos, y vosotros lucháis todos los días para abrirlas en nuestro horizonte. Ellos se refieren a cosas sutísimas que están vagamente en nuestro tiempo, sin que las veamos, como está el aire en la atmósfera, mientras que vosotros, con los pies en la tierra, tocáis solamente lo existente, lo hacedero, lo concreto y, por supuesto, sin ninguna actitud sanchopancista, porque nada hay más quijotesco y espiritual que el empeño de crear un mundo social nuevo que lleve la felicidad a los hogares y que sienta al prójimo como a hermano, en lugar de como a desconocido o a enemigo.

Nuestro ministro de Trabajo, y anteriormente delegado nacional de Sindicatos, se refirió hace algunos años muy afortunadamente a esa idea de que a quienes efectivamente más les interesa una Patria ordenada pacífica y justa es a los que están felizmente obligados a vivir siempre en ella. Las clases más pudientes pueden en cualquier caso de turbulencia, de cansancio, o de fastidio, emigrar a otras latitudes, pero las clases populares no, y de aquí que si son las más directamente afectadas, sean al propio tiempo las más interesadas en que todo vaya como es debido.

LEGITIMIDAD Y POLITICA POPULAR

Ninguna legitimidad existe en España más indiscutible que esta del trabajo, para hablar, para pensar, para actuar, para sacar adelante, al esfuerzo que sea, el presente; y para preparar el futuro con vuestro condicionamiento y vuestra exigencia de paz y de prosperidad para todos. Nadie está asistido de mayores razones morales que vosotros, puesto que sois los constructores de la España física que tenemos delante, y nada más absurdo, sorprendente e insensato que el gorgoreo clandestino o académico de los grupitos que, en la vida española, a lo largo de muchos años, no han supuesto otra cosa que gérmenes de disolución, de descomposición o de desmoralización. Con los hombres de la Organización Sindical, que es toda la población activa española, con el aliento de colaboración y de amplitud que brinda esta Casa, es necesario hacer toda la obra nacional de resurgimiento y de potencia-

ción; y al margen de esta Casa, representa con olvido de que los pueblos actuales imponen su voluntad y su voz por la vía del servicio y del sacrificio, no se podría hacer nada con sello de durable y de fecundo. Pero porque sabéis cuales son vuestros derechos en las naciones modernas, no se os ocultan tampoco vuestros deberes. Sabéis que tenéis derecho a levantar vuestra voz, pero al propio tiempo conocéis igualmente que tenéis el deber de que esta voz no sea estridente, frívola, superflua e inútil. La prueba más elocuente de que conocéis cuáles son vuestros deberes es que no habéis venido a este Consejo con vuestras peticiones en carne viva, sin más para convertir en grito lo que tiene que ser argumento. Habéis tomado parte en las deliberaciones acumulando documentación, cifras, realidades evidentes, y sin descomponeros en ningún caso. Habéis tomado buena nota de lo que se puede pedir en este momento con posibilidades de logro en razón de nuestra coyuntura económica o de conciencia colectiva, y no habéis transitado ni un sólo momento por los viejos caminos de la retórica y de la demagogia. Una política popular es una pretensión mucho más noble y ambiciosa que la de reclamar sitios de influencia o de poder en los que instalar a los representantes del pueblo. Una política popular es poner en primer plano los problemas populares del momento. Una política popular es la que se propone elevar los índices de prosperidad y de bienestar de toda la comunidad, mediante el concurso, la colaboración, la presencia, la responsabilidad en el servicio y en el trabajo de aquellos que protagonizan la historia de este instante. O una política popular se hace de vuestro brazo, que es lo que Franco quiere en sus constantes menciones al mundo sindical y a la autenticidad sindical, o carecería del calor de vuestra presencia, de la temperatura de vuestra adhesión, del entusiasmo de vuestra esperanza. La revolución desde arriba, sí, pero con los de arriba, con los de abajo y con los de en medio. El mundo sindical no pide, de acuerdo con la vieja terminología política, actas de diputados, sino que entiende que la política popular es siempre política nacional, y que el intermediario político es una pieza perturbadora e inútil en la representación pública.

PROBLEMAS REALES

Aquí no se han planteado bizantinismos políticos, ni cuestiones subjetivas, que siembran la división entre los españoles, sino problemas capitales en los que estamos interesados los más, y cuya solución nos importa a todos. Ni un solo minuto se pierde normalmente en esta Casa en especulaciones y entretenimientos políticos de salón, ya que éste es un tipo de ocio del que solamente pueden ser ejercitantes esas especies marginales que hay en todas las sociedades, de conjurados de oficio, de politicastros resucitados, de embaucadores de Rastros ideológicos, de adormecedores de descontentos, de atizadores de resentidos y hasta de ingenuos camaradas de buena fe; pero estos excedentes sociales negativos, o esos amigos nuestros impresionables y tornadizos no pueden representar el núcleo español que comparece en esta hora del mundo, que es el núcleo más positivo, más esperanzado, mejor dispuesto a salir de la postración histórica que ha tenido nuestra Patria en la última centuria. La unidad sindical y el encuadramiento institucionalmente forzoso y socialmente voluntario, según se prueba en nuestros comicios y por nuestro prestigio, es el pueblo español por primera vez organizado.

Hace unos días en la Casa Sindical de Sevilla indicaba yo que si se me preguntase por la conquista más preciada de nuestro Régimen, indicaría sin vacilar que la de la Unidad.

Por ella suspiran muchos pueblos, por ella se afanan otros sindicalismos y en ella está la fuerza necesaria para conseguir el triunfo de justas aspiraciones.

Prueba de la eficacia de esta unidad es el resultado de estas reuniones. Unidad que

conseguimos en lo fundamental dentro de la variedad de opiniones y que no es incompatible con la libertad, sino, antes al contrario, una superación de ella al máximo.

Con libertad plena habéis expuesto vuestros pareceres y con unidad en lo fundamental elevamos vuestras peticiones. Unidad conseguida después de amplias deliberaciones.

Prueba exacta de la unidad conseguida entre los hombres del trabajo, como indiqué al Consejo de Sevilla y hoy lo hago a vosotros en esta reunión. Aquí estáis hombres de diversas profesiones y los veteranos de antecedentes distintos y seguro incluso encontrados. La pasión por lo social os empujó con anterioridad al 18 de julio a partidos políticos diferentes, a afiliaciones en Sindicatos distintos que en muchas ocasiones, al servicio de aquellos partidos, os enfrentaron incluso violentamente. Aquí estáis representantes técnicos y representaciones empresariales y todos unidos, las diferentes profesiones, los técnicos y empresarios, los procedentes de una y otra vieja fracción política, aquí estáis trabajando en común, ganados por un sindicalismo nacional, sustituido el odio por la hermandad, la lucha ciega por el justo entendimiento. Esta conquista, esta unión, esta hermandad, este exacto entendimiento, hemos de conservarlo y transmitirlo a los que lleguen en el necesario relevo, pues, como indicaba yo hace unos días, si vencidos por falsas predicaciones

no podemos o no queremos mantener la unidad nacida de un justo entendimiento, no tenemos en conciencia derecho de legar a nuestros hijos un odio que ha de ser olvidado no sólo en nombre de unos principios cristianos, sino de los intereses que la Patria como españoles nos impone. Ni castas, ni grupos que nos disgreguen. La unidad ganada para todos con la mirada puesta en una Patria más grande, más justa, más libre.

MADUREZ POLITICA

Si alguien se ha sorprendido de que este Consejo no ha sido asaltado por esa tromba desordenada de los intereses menores y circunstanciales que han caracterizado a los viejos congresos obreros, no ha sido por otra razón que por la de no haber caído felizmente en el peor de los pecados políticos: en el anacronismo; y por haber probado otra cosa: la madurez política del trabajo español asociado. Este no ha sido un Congreso obrero al viejo estilo porque hubiera resultado tan antiguo como si hubiéramos llegado hasta aquí sentados en aquellos inefables coches con motor de explosión de los primeros años de este siglo. Cuando hace más de veinticinco años se hablaba de asambleas obreras todavía no había penetrado en aquellas sociedades liberales el nuevo mundo social. Nuestro mundo. La asamblea obrera es contemporánea de Pablo Iglesias, de los primeros sindicalistas, y de la dramática petición de la jornada de ocho horas y del descanso domi-

nical. Todo esto ha quedado atrás, y las viejas reivindicaciones sociales están superadas extraordinariamente por otras muchas que vinieron después y por otras que sucedieron a éstas.

SUPERVIVIENTES ANTICUADOS

Algunos herederos del viejo socialismo o sindicalismo histórico andan por ahí presentando como novedades de última hora la unidad sindical y la cuota sindical obligatoria, y éstos son objetivos que nosotros hemos alcanzado hace veinte años. La distancia que nos separa entre los santones supervivientes de lo social anterior y nosotros no es ideológica, aunque hemos corregido enérgicamente todo su materialismo losco e inútil, sino temporal y hasta espacial. Ellos están anclados en el ayer, y nosotros somos personas de hoy. Ellos ya no pueden comparecer delante de nosotros más que con aptitudes de replanteamientos políticos revanchistas que sembrarían de nuevo las divisiones en el país, enfrentarían otra vez a trabajadores con trabajadores y congelarían nuestras conquistas sociales; mientras que a nosotros nos repugna todo esto y a lo que nos disponemos no es a dar marcha atrás a nuestro reloj, sino cuerda para mucho tiempo, cuerda para que el ritmo no se interrumpa y sigamos adelante. Con nuestra cuota sindical no hemos financiado ninguna huelga, ni nadie ha edificado sus haciendas privadas sobre esas costas, sino que hemos hecho esta Casa, en pleno paseo del Prado, que es una muestra de fortaleza institucional y es un orgullo de la moderna arquitectura; hemos edificado cientos de casas sindicales en otros lugares de España, hemos sembrado el país de residencias de descanso para trabajadores, de instituciones sanitarias, de escuelas de formación profesional, de grupos de colonización y de tantos incontables servicios en favor de los sindicatos, cuyo balance impresionante ofrecía Sánchez Arjona, secretario general de la Organización, en el discurso de apertura de este Consejo. Estamos en el trance importantísimo de reunir todos los avances que ha traído consigo la demanda tradicional obrera y el progreso, y perfilar este nuevo mundo llamado social, esta nueva época, para establecerlo sólidamente en la realidad que vivimos, de forma que ese mundo nos justifique ahora, y nos oriente hacia el futuro, para que ya nadie pueda ni siquiera intentar moverlo del sitio en que queremos levantarlo, que no es paralelamente respecto a la política, sino en la política misma. Nuestra ambición, que acaso resulta desmedida, y que no lo es porque se afirma en la realidad, no es en esta ocasión pedir esta o aquella cosa parcial que satisfaga una necesidad aislada de este momento, sino que lo que queremos es nada menos que mudar un sistema por otro sistema, una época por otra época, un mundo por otro mundo, una España por otra España. Este es el Consejo Social al que nos dirigimos hoy. No hemos querido perdernos en el litigio—que ya tenemos ocasión de hacerlo todos los días—de discutir una mejora, o una ventaja, a aquellos que la niegan. Hemos querido calar más hondo para que al final de este recorrido apenas tengamos que disputar nada que sea justo, porque el mundo en el que queremos vivir nos da las fórmulas que en cada caso sean más convenientes. A esta altura de experiencia y de sacrificio, con nuestras estructuras sindicales en forma, no podemos caer en esa colosal trampa de las sociedades liberal-capitalistas que otorgan hoy, para provocar una necesidad mañana, condenando a toda una sociedad trabajadora a tener permanentemente la mano extendida, frunciendo el ceño y abierta la herida del resentimiento. No deseamos ya pequeños remedios circunstanciales, pan para hoy hambre para mañana, sino fórmulas permanentes de pan para siempre.

UNA DOCTRINA SOCIAL SINDICAL

En esta reunión una doctrina social del Movimiento que nace de la pre-

tensión sindical y que parte de la caudalosa y sagrada herencia de nuestro Fuego del Trabajo. Las elecciones sindicales han traído a esta Casa auténticas representaciones de nuestro pueblo. La universidad ha volcado sobre el mundo del trabajo a modernos equipos de técnicos, de expertos, de hombres de pensamiento, que nos han ayudado a depurar la circunstancial hojarasca y se han aventurado sobre la problemática del futuro con clarividencia, documentación, análisis y rigor. El pueblo, vosotros sus representantes, reunidos aquí, habéis elevado esta doctrina social recogiendo de los veneros tradicionales del Movimiento y de la novedad última de nuestros días, ampliándola con vuestros propios hallazgos teóricos y prácticos del tiempo presente. Ya tenemos un terreno teórico firme donde levantar, sin peligro de ninguna clase, los problemas concretos y circunstanciales que el tiempo pone a nuestro alrededor.

MOVIMIENTO NACIONAL

Es preciso llamar la atención sobre esta palabra que utilizamos tan frecuentemente, el Movimiento Nacional, para que no pueda prestarse en lo sucesivo a que nadie intente empequeñecerla o reducirla en lo que tiene de creación y de propósito. Llamamos en 1936 Movimiento, al iniciarse el Alzamiento Nacional, a la acción de todos para ganar el primer objetivo de la Revolución, que era la victoria en la guerra. Una realidad militar de todos unidos, de todos disciplinados, de todos entusiastas, de todos heroicos y de todos sacrificados consiguió aquel fin, y los particularismos políticos, los matices, las divisiones, con las que se configuraban las fuerzas políticas que tomaron parte en el Alzamiento se integraron férreamente en el Movimiento Nacional para conseguir aquella meta. Terminada victoriosamente aquella, el Movimiento Nacional tendría que ganar la paz para todos estableciendo la justicia social, que era la gran ilusión por la que se batían los combatientes, y partiendo de cero. Los objetivos de la Revolución Nacional han sido trazados mediante los principios del Movimiento proclamados por Franco recientemente en las Cortes, y son el resultado de las diferentes ansias de interés general manifestadas por el pueblo español y depuradas después de veinte años de convivencia pacífica. El Movimiento no es, pues, una parte de sus principios, sino todos los principios. El Movimiento no es la representación de una o varias agrupaciones políticas que se integran en el Alzamiento Nacional, sino que es la ideología básica de todas ellas, y no coaliciones ocasionales de viejas componendas liberales que duran tanto como la ambición de un soberbio, y que puede interrumpirla la irresponsabilidad de un necio. Y como tampoco la bondad de esos principios repugna a los que se batieron enfrente en la contienda interior, muchos de los cuales lucharon por esas mismas cosas desde el otro lado, el Movimiento es de todos y para todos los españoles. Es junto a sus necesarias organizaciones una ordenación que pudiéramos llamar jerárquica de la gran ideología nacional de querer ser un pueblo espiritualmente rico, próspero y feliz.

Pero si vosotros de abajo a arriba habéis elaborado estos textos y con ello habéis dado una prueba al país de tranquilidad, de serenidad, de fe y de patriotismo, no cumpliría yo con mi deber si en justa correspondencia no os transmitiera desde la responsabilidad de mi cargo mi propio mensaje y consigna.

No se cierne, camaradas del sindicalismo nacional, ningún nubarrón sobre la nación española en su más importante deseo de paz y de tranquilidad. España tiene las dificultades naturales de un país que ha tenido que valerse por sí mismo para salir del atolladero de una guerra de Liberación, y urgiendo las gentes todos los días al Poder público que diera satisfacción a sus necesidades y a su elevación

cir, el pueblo español salía de nuestra guerra confiado en la revolución que había de operarse como resultado de esa guerra, pero no contaba, como señalaba muy bien en su discurso de apertura el vicesecretario nacional de Ordenación Social, Mateu de Ros, que las grandes revoluciones sociales son verdaderamente fructíferas solamente cuando se producen auténticas revoluciones económicas. Con una nación arruinada por una guerra interior, con el estallido al poco tiempo de la segunda guerra mundial, con el saqueo del oro nacional que amparaba los créditos internacionales, con el bloqueo político exterior por la pasión política del 46, no era posible intentar a corto plazo una revolución económica que nos deparara una amplia revolución social. A pesar de esto, la elevación del nivel de vida de estos veinte años ha sido muy considerable y en medio de las grandes dificultades que había de vencer no se descansaba en poner las cosas de tal manera, tanto en la industria como en el campo, que empezaron a rentar lo más pronto posible. Sé que me vais a entender muy pronto: hemos soportado todas aquellas contrariedades, nos hemos apretado el cinturón todo lo

que ha hecho falta y nadie en la esfera de la responsabilidad en los distintos Gobiernos ha estado ocioso en ese tiempo, porque se han montado las bases de un potenciamiento económico. Ahora que empezamos a recoger el fruto de lo sembrado anteriormente; ahora que el mundo libre nos ha levantado sus telones de cooperación; ahora que España es necesaria en el mundo estratégico y económico internacional; ahora que hemos pasado lo que pudiéramos decir el cabo de las tormentas, ¿cómo vamos a entregarnos a la incertidumbre, al pesimismo, si es ahora cuando el panorama es claro y abierto? Si se recrudecen en algún sector del mundo exterior de la emigración o de los grupitos interiores de las campañas o los bullos, hemos de interpretarlos lógicamente en razón de que les asusta que ya navegamos a mar abierta, y aspiran a ponernos una mina bajo las quillas, porque antes suponían que el temporal nos haría naufragar. Naturalmente que tendremos problemas, porque el abandono de tantos años no lo puede remediar una generación en unos cuantos, y porque nuestra conciencia social es exigente y progresiva y apremiante. Pero éstas son dificultades

propias de una travesía. No nos dejaremos impresionar por sirenas desamparadas de razones, y llenas de fantasía y de malicia. Nosotros seguiremos nuestro quehacer de trabajo, seremos fieles a nuestro compromiso de paz y de concordia; estaremos abiertos al mundo para darle lo que precisa y para recibir lo que necesitamos. Constituiremos el núcleo activo, poderoso, organizado y popular que al lado del Ejército, gran reserva moral de la Patria, escuela de servicio y de patriotismo incomparable, y de la Iglesia, magisterio de vida y de salvación, sociedad perfecta, constituye el tripode sobre el que la paz española debe asentarse para ser duradera, fecunda y fraterna.

FELICITACION A TODOS

Nuestro efusivo saludo de fraternal camaradería a los observadores extranjeros que nos han acompañado. Aquí ha estado España y la voz de ella habéis escuchado.

Mi felicitación a todos los consejeros, al secretario general de Sindicatos, al vicesecretario nacional de Ordenación Social, a la Comisión organizadora de este Consejo Social, a los técnicos y expertos que han ofrecido sus estudios previos. Creo que no podrá olvidarse la lección que habéis dado con vuestro comportamiento. Os habéis ganado el respeto y la admiración pública. Teníais que estar aquí y teníais que hablar con la libertad que lo habéis hecho, porque ése era vuestro deber, y frente a los que dicen que todavía no estáis preparados para el diálogo en mesa redonda sobre delicados problemas nacionales, les habéis ofrecido una soberbia muestra de todo lo contrario, y todo ello sin énfasis. Resultaba emocionante escuchar a vuestro compañero de Consejo en su discurso de apertura, José Luis Restán Espejo, cuando decía: "Que no se asusten, que nadie recele nada; no vamos a despertar con gritos destemplados la tranquila siesta de muchos. Vamos a demostrar que el trabajador español también razona. Vamos a dar la prueba de nuestra madurez política y social." Y la habéis dado. Yo os saludo con un abrazo emocionado.

A nuestro Caudillo, capitán del invencible Ejército del trabajo, junto a nuestra adhesión cariñosa, la seguridad de nuestro esfuerzo y la lealtad por una España en la que campea la justicia social. ¡Arriba España!! ¡Viva Franco!!

Una ovación unánime subrayó las palabras finales del ministro secretario general, quien a continuación declaró oficialmente clausuradas las tareas del Consejo Social de la Organización Sindical Española, y anunció que iba a dar lectura a una carta en la que sus autores se dirigían a un grupo de observadores extranjeros. Contenzó indicando que la índole de la misma podía juzgarse por el hecho de que a pesar de la condición de obreros españoles que alegaban los autores, se solicitaba que el texto no fuese traducido por ningún español, sino por los propios servicios de la embajada respectiva. En la carta, que fué leída íntegramente, se dice que los asistentes al Consejo no son obreros, ni habían sido designados libremente por los trabajadores, extendiéndose en otras consideraciones orientadas a mover el ánimo de los observadores extranjeros contra la Organización Sindical Española y contra el Consejo Social que se clausuraba.

La lectura fué interrumpida constantemente con protestas por los congresistas, quienes pidieron reiteradamente hacer uso de la palabra para exhibir las credenciales que acreditan la autenticidad de su elección y el carácter representativo del Consejo Social.

Este, puesto en pie, aplaudió durante largo tiempo al delegado nacional de Sindicatos al subrayar éste los términos del panfleto y especialmente cuando dijo: "Yo estoy seguro de que esta carta no la ha escrito ningún obrero español porque no la ha escrito."